



Cantar de mío Cid

*Transcripción
en versos alejandrinos
al español actual por*

FRANCISCO SERRANO

CANTAR DE MÍO CID

A la memoria de mi padre, que me enseñó a leer este poema.

A mis nietos Ilhan y Gael, para que lo conozcan y lo disfruten.

El *Cantar de Mío Cid*, el poema más importante de la poesía épica en español y el único que ha llegado íntegro hasta nosotros, narra las hazañas y tribulaciones de Rodrigo Díaz de Vivar, llamado el Cid Campeador, un héroe histórico que luchó contra los árabes durante la reconquista de España en el siglo XI.

Su redacción se sitúa hacia mediados del siglo XII, aunque algunos estudiosos, atendiendo a criterios filológicos e históricos, piensan que data de finales de ese siglo o principios del XIII. Se ignora quién pudo haberlo escrito. Ramón Menéndez Pidal, pionero de los estudios modernos sobre el poema, pensaba que fue compuesto por un juglar, muy probablemente un mozárabe (un cristiano que vivía entre moros) en Medinaceli o en sus cercanías. Algunas investigaciones recientes sin embargo sugieren que el autor pudo haber sido un jurista, o un clérigo de Burgos o, incluso, que podría haber sido escrito por un poeta árabe en Valencia.^I Otros postulan la existencia de dos autores. Todo esto, sin ser irrelevante, no deja de ser mera especulación. Lo que nos queda, lo único cierto, es el magnífico texto del *Cantar*.

El poema se conserva en una única copia manuscrita, un códice copiado en 1207 por un cierto Per Abbat revisado y retocado en diversas épocas, hoy a resguardo de la Biblioteca Nacional de España.^{II} Se cree que para hacer su copia, Per Abbat se sirvió de un texto más antiguo, es decir, que la fecha de composición del poema es anterior a la fecha registrada en el códice.

Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid histórico (Cid: del árabe andalusí *sídi*. “mi señor”, y éste a su vez del árabe *sayyid*, "jefe de tribu"), sirvió en la corte de los reyes

^I La profesora Dolores Oliver, sobrina nieta del célebre arabista Miguel Asín Palacios, sostiene que el *Cantar de Mío Cid* pudo haber sido escrito por el poeta y jurista árabe Abu-I-Walid Al-Waqqasi, originario de Toledo, que ayudó a Rodrigo Díaz de Vivar a gobernar la ciudad de Valencia después de su conquista. Si esto fuera así, la composición del poema sería medio siglo anterior a la fecha comúnmente aceptada, pues Al-Waqqasi murió en 1096. El acucioso Alberto Montaner, autor de un monumental estudio sobre el poema, desestima por completo esta hipótesis.

^{II} El 20 de octubre de 1596 Juan Ruiz de Ulibarri copió el códice, que se conservaba en el Concejo de Vivar, en Burgos. En 1779 Tomás Antonio Sánchez, bibliotecario de la Biblioteca Real, lo publicó por primera vez en Madrid, en el tomo primero de su *Colección de poemas castellanos anteriores al siglo XV*; Ramón Menéndez Pidal publicó en 1911 una minuciosa edición paleográfica (en línea: http://www.cervantesvirtual.com/portales/cantar-de-mio-cid/obra-visor/poema-de-mio-cid--0/html/ff8348a6-82b1-11df-acc7-002185ce6064_16.html).

Sancho II y Alfonso VI de Castilla y León, durante años combatió al servicio del rey musulmán de Zaragoza y creó, hacia el final de su vida, una especie de principado independiente en la taifa de Valencia. Luchó, en efecto, al lado de los soberanos de Al Andalus contra los almorávides en la segunda mitad del siglo XI, pero también contra los ejércitos cristianos, a cambio de dinero y fortalezas. Su destreza en el combate le ganó desde muy joven el mote de Campeador, esto es, “batallador”, y sus repetidas victorias sobre sus enemigos esparcieron pronto su fama de invicto. Tanto fue así, que el Cid terminó por convertirse en un símbolo nacional español.

El poema que narra sus hazañas está parcialmente basado en hechos y personajes reales, pero unos y otros aparecen modificados, trastocados según las necesidades de la trama y contiene numerosos pasajes y situaciones ficticias. La tercera parte del poema, por ejemplo, es completamente inventada.

El *Cantar de mío Cid*^{III} es sin duda una obra maestra, escrita por un poeta excepcional en la plenitud de sus recursos expresivos, que logró plasmar un texto de enorme originalidad y empuje. La crítica ha destacado la naturalidad, la energía y el colorido de su lenguaje, la unidad de las distintas partes de la obra, la capacidad del autor para captar el sentimiento de la vida humana y el poder de expresarlo. Con una notable economía de medios, siempre sobrios y eficaces, y un sentido de la gradación notable, el anónimo autor del *Cantar* ha sabido relatar con maestría muy diversas escenas y episodios: la tristeza del héroe desterrado, la violencia y dramatismo de las batallas, la alegría de la ternura conyugal y filial, el dolor de un padre ultrajado y el sabor de su venganza, confiriéndole a cada uno un ritmo y un tono singularmente apropiados. Y ha sabido reflejar, además, trasfondo de la trama, una época de conflictos y profundos cambios políticos y sociales, en que los hidalgos o infanzones, nobles de rango inferior entonces en ascenso social, como el mismo Cid, se enfrentaban a la alta nobleza, la vieja oligarquía dueña de grandes privilegios, influyente y poderosa.

^{III} Pese a que el posesivo ‘mío’ antiguamente se pronunciaba diptongado (mio), en esta modernización del texto lo he acentuado, rompiendo el diptongo y computándolo como bisílabo.

Pese a que el *Cantar* muestra un influjo indudable de los cantares de gesta franceses, a diferencia de éstos, y de la épica germánica o anglosajona, no hay en él nada de fabuloso o de fantástico. No aparecen monstruos ni gigantes ni sitios sobrenaturales ni hazañas inverosímiles. Todo lo contrario: el autor se ciñe a una llaneza realista, haciendo énfasis en el temple moral del héroe, viril, generoso, sensible y medido. Quienes han estudiado el poema han destacado siempre, junto con este escueto realismo, la grandeza sin énfasis del Cid, su elevado sentido del honor y la justicia, la lealtad a su rey, el jubiloso amor a su mujer y sus hijas.

*

Hace unos meses mi amigo Marco Torres H. me regaló una hermosa edición neoyorquina del *Beowulf* anglosajón, magníficamente traducida por Seamus Heany. La versión de Heany es formidable: a partir de un texto extraño y distante, el gran poeta irlandés logró crear un texto que se lee como si fuera de nuestro tiempo. Después de leerlo, entusiasmado pensé que quizá valdría la pena intentar, toda proporción guardada, algo semejante con el *Cantar del Cid*.

El Cid es, o era, en México una lectura obligada en la escuela secundaria. La versión que se leía era la prosificación que Alfonso Reyes hizo en 1919 (reeditada en 1976) con el texto original del poema al lado, de acuerdo con la edición de Menéndez Pidal. El texto de Reyes permite seguir el asunto de la historia y aclarar numerosos pasajes oscuros, pero desafortunadamente se diluye con frecuencia en perífrasis y explicaciones. Mi primer impulso cuando decidí hacer esta versión fue consultarlo. Nunca lo había leído completo. A las pocas páginas me di cuenta de que Reyes había hecho exactamente lo contrario de lo que yo quería. Al prosificar el poema, le arrebató su esencia; en aras de referir la trama destruyó el ritmo, la música, la elocuencia del lenguaje, “lo privó de su virtud más eficaz”, como señaló Pedro Salinas.^{IV}

^{IV} Tampoco me valí de la castiza y notable modernización del poema en versos de 16 sílabas, divididos en hemistiquios octosílabos (en metro romance, dice su autor), que Salinas publicó en 1926 (reed. 1975), alejada de mi propósito y que apenas consulté.

Me propuse entonces trasladar en verso el poema al español de hoy (incluso diré, sin ánimo de irritar a nadie, al español de México). Quise, en la medida de lo posible, no sólo modernizar el texto sino regularizar la métrica, convencido de que para un lector no familiarizado, es más fácil seguir una cadencia regular, con un ritmo constante, que habituarse a las oscilaciones de la métrica medieval.

La métrica del *Cantar de mío Cid*, en efecto, es muy irregular. El poema consta de 3730 versos, agrupados en 153 cantos o tiradas, series de diversa extensión en que (casi) todos los versos tienen la misma rima asonante. Los versos oscilan entre 10 y 20 sílabas, siendo los más abundantes los de 14, 15 y 13, divididos en dos hemistiquios, los más frecuentes de 7, 8 y 6 sílabas, con acentos cambiantes. Esta variabilidad silábica, “abandono de la forma” la llama Menéndez Pidal, se ha atribuido a diversas causas. Varios autores la atribuyeron a una transmisión defectuosa, ya sea por la inhabilidad de los copistas al poner por escrito un texto oral, o bien por la impericia técnica de los juglares que emulaban mal los metros de la épica germánica o adaptaron con torpeza el alejandrino francés; otros piensan que esta aparente irregularidad en realidad se debe a una adecuación vernácula del hexámetro latino y que la variabilidad métrica del poema debe medirse sobre un ritmo de base no silábica sino acentual. Incluso hay quien afirma que esta métrica oscilante, única en el mundo medieval de Occidente, obedecería a una de las formas de la epopeya musulmana. Como fuera, el esquema métrico del *Cantar de mío Cid* es extremadamente variable, desigual.

No obstante, estudios modernos permiten suponer que esta irregularidad silábica, característica por otra parte de la épica medieval española, más que fruto de la incompetencia de los juglares se debe al hecho de que los cantares de gesta se salmodiaban o recitaban, seguramente acompañados por algún instrumento musical, y que esta *cantilación* “a medio camino entre la palabra hablada y la palabra cantada”, es determinante para comprender la variabilidad silábica de los versos. Las medidas de 7, 8 y 6 sílabas de los hemistiquios coinciden, según algunos filólogos, con los grupos fónicos más frecuentes del habla castellana; resultaría así natural que un verso narrativo de extensión fluctuante se apoyara en las mismas medidas que sirven de base al ritmo del idioma.

Considerando que la mayoría de los versos del cantar oscilan entre las catorce y las dieciséis sílabas, opté por regularizar la cadencia del poema empleando el verso alejandrino: versos de catorce sílabas divididos por una pausa o cesura en dos hemistiquios de siete sílabas cada uno. Pese a la objeción de algún crítico, que considera que un Cid silábicamente regular es un absurdo (reparo que conocí después de haber compuesto esta versión), sigo pensando que para los oídos actuales es mucho más fácil seguir una cadencia regular y que los versos rigurosamente medidos ayudan a adentrarse en una lectura fácil y continua, si se evitan las irregularidades y desviaciones de la métrica medieval.

Elegí el alejandrino por dos razones: la primera, porque una considerable mayoría (el 40%) de los hemistiquios del *Cantar* tiene siete sílabas; la segunda, porque estoy convencido de que su música se ajusta mejor que otros metros al ritmo del habla actual. Su uso me permitió ceñirme a una estructura regular, rigurosa y al mismo tiempo dinámica y fluida.

Por exigencias de la métrica, he tenido que modificar algunos de los nombres y epítetos de los personajes mencionados en el poema. Así, doña Jimena es en varias ocasiones Jimena a secas, el obispo don Jerónimo quedó sólo como el obispo Jerónimo y los infantes de Carrión se convirtieron la mayoría de las veces en los condes de Carrión.

Todos los personajes en mi versión se hablan de tú. He prescindido por completo de la 2ª. persona hispana, del vos, del vuestro y el vosotros, excepto cuando los personajes se dirigen al rey y, en alguna ocasión, al obispo.

Tuve asimismo que modificar el sentido de algunas palabras, adecuarlo al lenguaje de nuestros días, invertir el orden de varias frases, actualizar la sintaxis. Eludí, siempre que pude, los arcaísmos y giros hoy incomprensibles. Obligado por la rima, conservé sin embargo el nombre de algunos objetos, principalmente prendas de vestir, usuales en la época del poema e inexistentes en nuestros días (brial, ciclatón, etc.).

Opté también por mantener el nombre antiguo de muchas poblaciones, tal como aparecen en el *Cantar* (aunque no de todas), pensando que, a final de cuentas, actualizar o no los topónimos no altera el sentido de lo que se narra y que para

disfrutar de la lectura no es imperativo conocer la geografía de España. Sin embargo, en lo fundamental, he tratado de ser lo más fiel posible al texto medieval. No insistí demasiado, con todo, en quitarle cierto sabor antiguo a algunas expresiones y construcciones, lo que sin duda se ve acentuado por las largas tiradas monorrimas.

En lo general, he procurado ceñirme tanto al número de versos como al esquema de rimas del poema. En ocasiones, cuando me pareció pertinente, alteré el orden de algunos versos para hacer más comprensible el pasaje. En todos los casos está indicado el cambio de posición con el número correspondiente. Otras veces, pocas, me vi obligado a añadir un verso; éstos están indicados por un apóstrofo (') al lado del número del verso agregado. En letra cursiva he incluido aquellos versos y un par de pasajes en prosa que Menéndez Pidal incorporó al poema tomándolos de otras fuentes, cuando me pareció que ayudaban a entender mejor lo narrado.

Seguí la numeración establecida por el mismo Menéndez Pidal y la comparé, ajustándola, con la edición de la Real Academia de la Lengua (en su versión mexicana), pero numeré los versos de 10 en 10 en vez de 5 en 5, como hacen todas las ediciones. Regularicé también el esquema de rimas, que en algunos pasajes presentan “imperfecciones o irregularidades de asonancia”, aunque es probable que esta “imperfección” del texto original en realidad se deba a diferencias en la pronunciación de algunas palabras.

Dice Heany en el prólogo a su traducción del *Beowulf* que “una obra de arte vive en su propio presente.” Persuadido de ello, quise compartir el continuo presente del Cid con este traslado. Mi intención, como la de Alfonso Reyes hace un siglo (o, más exactamente, como la de Pedro Salinas que modernizó el texto en verso), ha sido hacer accesible la lectura del poema, ponerlo al alcance del lector no familiarizado ayudándolo a superar sin demasiado esfuerzo algunas barreras lingüísticas y culturales. Que cualquiera pueda leerlo, comprenderlo y disfrutarlo, sin necesidad de adentrarse en las complejidades gráficas, fonéticas y semánticas del español antiguo; que no se necesite ser un especialista o alguien particularmente interesado en la literatura medieval española para poder seguir el poema fácil, fluidamente, sin tener que

consultar a cada paso notas y vocabulario, de modo que pueda leerse como si hubiera sido escrito ayer, como si, en palabras de Margit Frenk, “los muchos siglos que nos separan de su composición no contaran”.^v

F.S.

^v Para quien esté interesado en leer el poema del Cid en el texto original, resulta indispensable consultar *El Cantar de Mio Cid*, edición, estudio y notas de Alberto Montaner, Madrid, Real Academia Española-Barcelona: Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 2011; hay edición mexicana, de la Academia Mexicana de la Lengua, 2014.

Cantar de mío Cid

(fragmentos)

CANTAR PRIMERO

Destierro del Cid

[Falta la primera hoja del manuscrito del *Cantar*, que se suple con el relato de la *Crónica de Veinte Reyes*; donde se narra cómo los reyes moros de Córdoba y Granada, apoyados por algunos nobles castellanos, deciden atacar al rey de Sevilla, vasallo y tributario del rey Alfonso VI de Castilla y León. El Cid Ruy Díaz, de la casa de Vivar, caballero de la corte del rey Alfonso, intenta impedir el ataque advirtiéndoles a los reyes moros que de llevarlo a cabo sufrirán represalias; ante la negativa de los reyes, que arrasan las tierras del rey de Sevilla hasta el castillo de Cabra, el Cid reúne un ejército, marcha contra los atacantes, los combate y los vence, despojándolos de un cuantioso botín que restituye al rey de Sevilla. En esa batalla el Cid hace prisionero al conde García Ordóñez, uno de los poderosos nobles que apoyaban al rey de Granada, y para humillarlo le arranca un mechón de las barbas. Toman también prisioneros a muchos otros caballeros; tres días el Cid los mantiene cautivos y después manda soltarlos. Desde entonces moros y cristianos llamaron a Ruy Díaz de Vivar el Cid Campeador, que quiere decir batallador. Regresa el Cid con el rey Alfonso, llevando el tributo que debía entregarle el sevillano, pero su triunfo despierta envidias entre los cortesanos del rey Alfonso, que intrigan contra el Cid hasta que el rey, que tenía algún resentimiento hacia su vasallo, decide desterrarlo.]

Sigue el relato de la *Crónica de Veinte Reyes* y se continúa con versos de una *Refundición del Cantar*

Convocó a sus parientes y vasallos y les dijo cómo el rey le mandaba salir de su tierra en un plazo no mayor de nueve días, y que quería saber quiénes de ellos estaban dispuestos a desterrarse con él y quiénes no.

“Los que vengan conmigo que Dios les dé buen pago,
los que no, en buenos términos quisiera yo dejarlos.”
Y Álvar Fáñez habló, del Cid el primo hermano:
“Contigo iremos, Cid, por yermos y poblados,
y no te faltaremos mientras estemos sanos,
contigo gastaremos las mulas y caballos,
todo nuestro dinero, los vestidos y paños,
te serviremos siempre como fieles vasallos.”
Todo el mundo aprobó lo que dijo don Álvaro.
Mucho agradeció el Cid lo que allí acordaron...

Salió el Cid de Vivar, a Burgos enfilado,
deja así sus palacios, solos, deshabitados.

(*Aquí comienza el manuscrito de Per Abbat*)

1 **A**rrasados en lágrimas ambos ojos, llorando
 al volver la cabeza los estaba mirando.
 Vio las puertas abiertas, postigos sin candados,
 alcándaras¹ vacías, sin pieles y sin mantos,
 sin ningún halcón ya, sin azores mudados.²
 Suspiró Mío Cid, bastante atribulado.
 Mío Cid exclamó, en tono mesurado:
 “¡Señor, loado seas, padre que estás en lo alto!
 Esto es obra de mis enemigos malvados.”

10 Aceleran el paso, allí sueltan las riendas.
 Al salir de Vivar vieron a la derecha
 11' del Cid y de su tropa volar a una corneja.³
 Cuando entraron a Burgos, la vieron a la izquierda.
 El Cid se encogió de hombros, moviendo la cabeza:
 “¡Alégrate, Álvar Fáñez, nos echan de la tierra,
 14b *mas con honra estaremos en Castilla de vuelta!*”

En la noche por Burgos el Cid Ruy Díaz entró.
 Van sesenta pendones con el Campeador.
 16' Salen todos a verlo, mujer, niño, varón.
 Inquieta, a las ventanas la gente se asomó;
 todos están llorando, tan grande es el dolor.
 Compungidos, expresan una misma opinión:
 20 “¡Dios, si tan buen vasallo tuviera un buen señor!”

¹ *Alcándara*. Percha o varal donde se ponían las aves de cetrería.

² *Azores mudados*. Aves de rapiña que han acabado de mudar la pluma, y son por lo tanto aptos para la caza.

³ *Corneja*. Pájaro de plumaje negro, semejante al cuervo; ver la corneja a la derecha era señal de buen agüero; verla a la izquierda era un mal augurio.

Hospedarlo querían pero ninguno osaba,
 porque el rey don Alfonso le tiene una gran saña.
 Antes de anochecer llegó a Burgos su carta
 con grandes prevenciones, fuertemente sellada.
 Manda que al Cid Ruy Díaz nadie le dé posada,
 y que el que se la diese sepa por su palabra
 que perderá sus bienes, los ojos de la cara
 y también, además, los cuerpos y las almas.
 Gran pena sienten todas estas gentes cristianas,
 30 no se acercan al Cid ni osan decirle nada.
 El Campeador fue derecho a su posada.
 Cuando llegó a la puerta la encontró bien cerrada
 por miedo al rey Alfonso, que ordenó que por nada
 fueran a abrir la puerta, y que antes la quebraran.
 Y la gente del Cid con grandes voces llaman
 a los de dentro, que no osan responder nada.
 A caballo el Cid a la puerta se acercaba,
 sacó el pie del estribo y le dio una patada;
 la puerta no se abrió: estaba bien cerrada.

40 Entonces una niña de unos nueve años le habla:
 “¡Campeador, que en buena hora ceñiste espada!⁴
 Lo ha prohibido el rey, llegó anoche su carta
 con grandes prevenciones, fuertemente sellada,
 que ninguno ose abrirte ni acogerte por nada,
 pues si no perderemos nuestros bienes y casas,
 y también, además, los ojos de la cara.
 Oh Cid, no ganarás con nuestros males nada,
 pero el Señor te valga con sus virtudes santas.”
 Esto dijo la niña, y regresó a su casa.

50 Comprendió el Cid que no obtendrá del rey gracia.
 Se alejó de la puerta, por Burgos cabalgaba.
 Llegó a Santa María, entonces descabalgó;
 allí se arrodilló, fervientemente oraba,

⁴ *Ceñir la espada*. Al ser nombrado caballero, el padrino le ceñía la espada al nuevo caballero. La expresión equivale a: “El que en buena hora fue armado caballero.”

y ya hecha la oración, nuevamente cabalga;
cruza otra vez la puerta y el Arlanzón⁵ ya pasa.
Está cerca de Burgos el sitio donde acampa,
manda plantar la tienda y después descabalga
El Cid Ruy Díaz, que en buena hora ciñó espada,
acampó entre la arena cuando vio que en su casa
60 nadie querrá hospedarlo, mas muchos lo acompañan.
Así se instaló el Cid, como en plena montaña.
No se le ha permitido comprar ninguna vianda;
en el pueblo de Burgos ninguno se la daba.

5

Fue Martín Antolínez, un burgalés cumplido,
con el Cid y los suyos a darles pan y vino,
pero no los compró, los tenía él consigo;
y cuando de todo eso los hubo abastecido
se alegró mucho el Cid Campeador, provisto,
y todos los que estaban con él a su servicio.
70 Y Martín Antolínez habló, oigan lo que dijo:
“¡Oh, tú, Campeador, en buena hora nacido,
duerman aquí, y al alba tomemos el camino,
porque seré acusado de que los he servido
y por la ira del rey voy a ser perseguido.
Si escapar sano y salvo con ustedes consigo
tarde o temprano el rey me querrá por amigo,
y si no, cuanto dejo, en muy poco lo estimo.

6

Le contestó el Cid, que en buena hora ciñó espada:
“¡Eh, Martín Antolínez, eres de lanza brava!
80 Si Dios me otorga vida, te daré doble paga.
Ya gasté todo el oro, también toda la plata,
bien puedes darte cuenta que yo no traigo nada,
para pagarle a toda mi gente me hará falta;
lo obtendré por la fuerza pues no me darán nada.

⁵ *Arlanzón*. Río a cuyas orillas se asienta la ciudad de Burgos.

Pero con tu consejo quiero construir dos arcas;
las llenamos de arena y estarán muy pesadas,
recubiertas de cuero y bien claveteadas.”

7

90 “El cuero será rojo y los clavos dorados.
A Vidas y a Raquel irás a buscar, rápido.
Les dirás que me voy por el rey desterrado,
y dado que aquí en Burgos comprar me está vedado
y no puedo llevarme mis bienes, muy pesados,
por lo que sea justo yo quisiera empeñarlos;
que los lleven de noche, no los vean cristianos,
y que el Señor lo juzgue, Dios con todos sus santos,
yo ya no puedo más, y lo hago muy forzado.

8

Y Martín Antolínez, sin ninguna tardanza,
del castillo de Burgos atravesó la entrada,
y por Raquel y Vidas con prisa preguntaba.

9

100 Estaban calculando Raquel y Vidas, ambos,
uno al lado del otro, lo que habían ganado.
Y Martín Antolínez llegó con el encargo.
“¿Están Raquel y Vidas, amigos apreciados?
Quisiera, con los dos, hablarles en privado
sin ninguna tardanza.” Y los tres se apartaron.
Vamos, Raquel y Vidas, denme ambos esas manos,
de esto nada dirán ni a moros ni a cristianos;
yo los quiero hacer ricos, que no pasen trabajos.
110 El Campeador grandes tributos ha cobrado,
riquezas excelentes, y para sí ha guardado
bienes de gran valor, por lo que fue acusado.
Sepan que está, además, con el rey enfadado
y ha dejado sus tierras, sus casas y palacios.
Nada puede llevarse pues sería apresado.

Tiene dos arcas llenas de oro seleccionado.
Piensa el Campeador dejarlas en sus manos,
y que a cambio le presten lo que sea adecuado.
120 Tomen pues estas arcas, pónganlas a resguardo
y juren y prometan no abrirlas en este año.”
Ambos, Raquel y Vidas, están deliberando:
“Lo que nos interesa es siempre ganar algo.
Ya sabíamos que él en efecto ha ganado
bastante cuando en tierra de moros fue y sacó algo.
No duerme bien quien guarda valores acuñados.
Tomaremos las arcas, las guardaremos ambos,
y las ocultaremos, las pondremos a salvo.
Pero dínos: ¿El Cid, cuánto quiere prestado?,
130 ¿qué interés nos dará por el plazo de este año?”
Y Martín Antolínez repuso mesurado:
“El Cid aceptará lo que sea acordado,
pide poco, dejando sus bienes a resguardo.
Lo busca mucha gente, pobres desheredados;
él necesitará unos seiscientos marcos.”
Dicen Raquel y Vidas: —“Los damos de buen grado.”
—“Ya va a caer la noche, el Cid está apremiado,
necesitamos que nos entreguen los marcos.”
Dicen Raquel y Vidas: “Así no se hacen tratos,
140 no, sino que primero tomando y después dando.”
Y Martín Antolínez dijo: “Bien, yo me encargo.
Con el Campeador ahora vengan ambos
y los ayudaremos, pues eso es lo apropiado,
a acarrear las arcas y que estén a resguardo,
para que no lo sepan ni moros ni cristianos.”
Dicen Raquel y Vidas: Sea, de acuerdo estamos.
Con las arcas aquí, tendrán seiscientos marcos.”
Y Martín Antolínez cabalga apresurado
con Raquel y con Vidas, que van de muy buen grado.
150 Pero no por el puente, por el agua han pasado
para que no los sientan de Burgos los paisanos.
Del Campeador pronto a la tienda han llegado;

y apenas han entrado al Cid besan las manos.⁶
Y muy sonriente, el Cid así les iba hablando:
“¡Don Raquel y don Vidas, me tenían olvidado!
Ya me voy de esta tierra, el rey me ha desterrado.
Creo que de lo mío se quedarán con algo;
y mientras sigan vivos no pasarán trabajos.”
Al Cid Raquel y Vidas le besaron las manos.
160 Ya Martín Antolínez el negocio ha cerrado,
pues sobre aquellas arcas pidió seiscientos marcos,
que guardarán muy bien hasta el final del año.
Así lo prometieron, y lo habían jurado,
que si antes las abrieran serían deshonorados
y el Cid no pagaría el interés ganado.
Y Martín Antolínez: — “Carguen las arcas, vamos,
—dijo—, Raquel y Vidas pónganlas a resguardo;
los acompañaré y me darán los marcos,
el Cid debe marcharse antes que cante el gallo.”
170 ¡Vean con qué alegría las arcas van llevando!
Cargar pueden apenas los lomos de los asnos.
Raquel y Vidas gozan con el lucro alcanzado;
creyéndose ya ricos, ufanos iban ambos.
A mío Cid Raquel va a besarle la mano.

...

⁶ *Besar las manos*. Señal de agradecimiento y respeto y también fórmula de vasallaje. Gesto que representaba la fidelidad del vasallo a su señor.

CANTAR SEGUNDO

Boda de las hijas del Cid

64

Aquí empieza la gesta del Cid, el de Vivar.
Pobló ya mío Cid el puerto de Alucat,
salió de Zaragoza y las tierras de allá,
de Huesca se alejó, también de Montalbán.
1090 Junto a la mar salada empieza a guerrear.
El sol sale al Oriente, se encamina hacia acá.
Mío Cid ganó Jérica, sí, y Onda y Almenar,
y tierras de Burriana ha conquistado ya.

65

El Señor lo ayudó, el Dios que está en el cielo.
Por eso pudo el Cid conquistar Monteviedro.
Ve bien mío Cid que Dios lo va socorriendo.
Adentro de Valencia hay, y no poco, miedo.

66

Las gentes de Valencia sienten un gran pesar;
deciden en consejo que lo deben cercar.
1100 Salieron en la noche y al alba clarear
cerca de Monteviedro comienzan a acampar.
Al verlo el Cid, no puede dejarse de asombrar:
1102*b* “¡Dios, alabado seas, oh Padre espiritual,
estamos en sus tierras y les hacemos mal,
nos bebemos su vino y comemos su pan,
si vienen a cercarnos, con derecho lo harán.
Esto sólo luchando lo habremos de arreglar.
Vayan, llamen a quienes nos deben ayudar,
irán unos a Jérica, los otros a Alucat
y también irán a Onda, otros más a Almenar,
1110 y que los de Burriana vengan todos acá;

así comenzaremos con esta lid campal,
tengo fe que en provecho nuestro redundará.”
Y tres días después todos juntos ya están.
El bien nacido entonces comenzó así a hablar:
“¡Escúchenme, mesnadas, que Dios los salvará!:
después que abandonamos la limpia cristiandad,⁷
lo que no fue por gusto ni posible evitar,
gracias a Dios lo nuestro logramos mejorar.
Los de Valencia ahora nos vienen a cercar,
1120 si acaso en estas tierras nos queremos quedar,
forzosamente los vamos a escarmentar.

67

“Que termine la noche y venga la mañana,
y encuentre aparejados los caballos, las armas;
iremos a atacar a aquella gente armada.
Como hombres desterrados en esta tierra extraña,
se verá allí quién sabe ganarse la soldada.”

68

Y Minaya Álvar Fáñez, oigan, comenzó a hablar:
“Campeador, lo haremos como es tu voluntad.
Me darás cien caballos, yo no te pido más,
1130 y tú irás por delante con todos los demás,
atácalos con fuerza, así dudas no habrá,
yo con los otros cien entraré más allá,
tengo confianza en Dios que habremos de ganar.”
Al Cid Campeador bien le parece el plan.
Llega el amanecer y se empiezan a armar,
y todos saben bien lo que cada uno hará.
Al alba sale el Cid decidido a atacar:
“¡En el nombre de Dios y de Santiago, ya
hiéranlos caballeros, con brío y voluntad,
1140 porque yo soy Ruy Díaz, el Cid, el de Vivar!”

⁷ *Limpia cristiandad*. Los reinos cristianos, y en concreto, Castilla.

De las tiendas se ven las cuerdas estallar,
romperse las estacas y los postes quebrar.
Hay aún muchos moros, se van a recobrar.
Álvar Fáñez también llega para atacar,
y así no les queda otra que recibir y dar.
1151 Como pueden, algunos consiguen escapar.
1147 A dos emires moros los logran derribar
y hasta Valencia misma persiguiéndolos van.
Son grandes las ganancias que el Cid logró juntar.
1152 Han despejado el campo y vuelven luego atrás.
1153 Con el botín reunido en Murviedro entrarán.
1146 Muy grande es la alegría que recorre el lugar.
1150 Conquistaron Cebolla y pueblos más allá.
En Valencia hay temor pues no saben qué harán.
La fama de mío Cid, sepan, sonando va.

69

Sonando va su fama, más allá del mar anda.
Muy alegre está el Cid y toda su mesnada,
y agradecen de veras que Dios los ayudara.
De noche a sus jinetes a incursionar los manda;
1160 llegan así a Cullera, también llegan a Játiva,
luego, camino abajo, a Denia se acercaban
asolando la tierra hasta el mar y sus playas.
Ganan Peña Cadiella, las salidas y entradas.

70

Cuando el Campeador ganó Peña Cadiella,
el disgusto fue grande en Játiva y Cullera
y no es disimulado el dolor en Valencia.

71

En tierras de los moros, asaltando y ganando
y durmiendo en los días y en las noches luchando,
en ganar estas villas el Cid pasó tres años.

1170 La gente de Valencia amedrentada está,
 a salir no se atreven para al Cid enfrentar,
 que al destruirles sus huertas les hizo mucho mal;
 y todos estos años, el Cid les robó el pan.
 En Valencia se quejan, no saben lo que harán
 pues de ninguna parte pueden conseguir pan.
 No ayuda el padre al hijo ni éste puede ayudar,
 ni el amigo al amigo lo puede consolar.
 Mala cuenta es, señores, que así escasee el pan,
 y ver que de hambre esposas e hijos se morirán.
 1180 El dolor que padecen no lo pueden paliar.

Así, al rey de Marruecos lo mandaron llamar;
 pero él con el rey de Atlas en fiera guerra está
 y no les hizo caso ni los vino a auxiliar.
 Cuando lo supo, el Cid se alegró de verdad;
 Abandonó Murviedro de noche, hasta llegar
 al amanecer a tierras de Monreal.
 A Aragón y Navarra manda un pregón llevar,
 y a tierras de Castilla mensajeros se van:
 “Quien quiera hacerse rico, su suerte mejorar,
 1190 que vaya con el Cid que sabe cabalgar,
 quiere cercar Valencia, que a cristianos dará.

“El que quiera venir para asediar Valencia,
 venga de buena gana, ninguno por la fuerza,
 esperaré tres días en el Canal de Cella.”

Eso dijo el Cid, el Campeador leal,
 después volvió a Murviedro, que él ha ganado ya.
 Sepan que los pregones fueron aquí y allá;
 Ansiosa de riqueza, queriendo mejorar,
 mucha gente acudió de la amplia cristiandad,

1206 Las nuevas se difunden de uno a otro lugar.
1207 Y aumentan sus ejércitos: nadie desertará.
1200 Y crece la riqueza del Cid, el de Vivar.
Cuando vio cuántos eran, lo empezó a disfrutar.
Mío Cid don Rodrigo no quiso esperar más,
se encaminó a Valencia, sobre ella se echará.
Con tal rigor la asedia que nadie escapará.
Nadie puede salir ni nadie puede entrar.
1208 Y entonces les da un plazo: ¿los vendrán a auxiliar?
Durante nueve meses asedió la ciudad,
1210 y cuando llegó el décimo se rindieron sin más.
Muy grande es la alegría que recorre el lugar
cuando ganó Valencia y él entró en la ciudad.
Y los que a pie iban antes, caballeros se harán,
y el oro que ganaron, ¿quién lo podrá contar?
Los que participaron son todos ricos ya.
Mío Cid don Rodrigo su parte va a tomar,
así treinta mil marcos en monedas le dan,
y entre los otros bienes, ¿quién los podrá contar?
Se alegra mucho el Cid y los que con él van
1220 cuando en aquel alcázar⁸ ven su enseña plantar.

75

Mío Cid y sus tropas tranquilos descansaban
cuando al rey de Sevilla la noticia llegaba
de que cayó Valencia y está desamparada.
Y decidió atacarlos con treinta mil en armas.
Y detrás de la huerta se libró la batalla.
Les hizo frente el Cid, el de la larga barba,
y la dura batalla se prolongó hasta Játiva;
a su pesar, los moros paran a beber agua,
y ya en Júcar sus tropas iban desbaratadas.
1230 Aquel rey de Sevilla, con heridas, escapa.
Mío Cid ya regresa con enormes ganancias
Le fue bien en Valencia cuando ganó el alcázar,

⁸ *Alcázar*. Fortaleza, recinto fortificado; casa real, habitación del príncipe, esté o no fortificada.

pero más provechosa, sepan, fue esta batalla;
aun a los inferiores dan cien marcos de plata.
Las noticias del Cid verán dónde llegaban.

76

Una inmensa alegría embarga a los cristianos
que andaban con el Cid, al que amparan los astros.
Le ha crecido la barba, mucho se ha alargado,
1240 pues con sus propios labios el Cid dijo: “Por cuanto
respeto al rey Alfonso, que así me ha desterrado,
tijera no le meto ni un pelo habré cortado,
no importa lo que digan los moros y cristianos.”

En Valencia está ahora mío Cid, descansando,
con Minaya Álvar Fáñez, que está siempre a su lado.
Se enriquecieron mucho aquí los desterrados,
1246*b* a todos dio en Valencia mío Cid bienamado,
con casas y terrenos todos fueron pagados;
la largueza del Cid con creces la probaron.
Los que después llegaron también están pagados.
1250 Pronto comprendió el Cid que con lo que han ganado,
si pudieran se irían con lo que se apropiaron.
A mío Cid Minaya un consejo le ha dado:
1252*b* que mande que ninguno entre sus hombres que algo
ganara quisiera irse sin besarle las manos;
que sea detenido donde fuere alcanzado,
y que le quiten todo y lo cuelguen de un palo.
Dispuesta esta medida con extremo cuidado,
con Minaya Álvar Fáñez se reunió, y de esto hablaron:
“Escúchame Minaya, quiero tener el dato
de aquellos que llegaron y aquí ganaron algo:
1260 lo haremos por escrito, todo será contado,
y si alguno robare o hay algo que ocultaron,
lo habrán de devolver para estos mis vasallos
1261*b* que custodian Valencia y aquí están vigilando.”
Minaya respondió: “Señor, muy bien pensado.

...

CANTAR TERCERO

La afrenta de Corpes

112

2280 **C**on su gente en Valencia el Cid permaneció,
y con él ambos yernos, los condes de Carrión.
Dormía en un escaño, tranquilo, el Campeador
cuando algo inesperado, sépanlo, sucedió:
se escapó de su jaula y desató un león.
Todos tuvieron miedo, la corte se espantó;
toman pronto sus mantos los del Campeador
y cercan el escaño, cuidando a su señor.
2286**b** Y ahí Fernán González, infante de Carrión,
ni un sitio en torre o cámara donde esconderse halló;
debajo del escaño, temblando, se metió.
También Diego González por la puerta escapó,
repetiendo asustado: “Ya no veré Carrión.”
2290 Tras una gruesa viga se ocultó con pavor;
su túnica y su manto por completo ensució.
El que nació en buena hora en esto despertó;
en torno del escaño a sus varones vio.
“¿Qué sucede, señores, qué pasa aquí?”, gritó.
— “¡Ay, señor nuestro, honrado, nos asustó el león!”
El Cid apoyó el codo, después se levantó;
el manto trae al cuello, caminó hacia el león;
cuando lo vio venir, el león se asustó,
ante el Cid la cabeza y el hocico inclinó.
2300 Mío Cid don Rodrigo del cuello lo tomó,
y, llevándolo, a la jaula lo regresó.
Todos se maravillan al presenciar su acción
y vuelven al palacio con enorme emoción.
Preguntó por sus yernos el Cid; no los halló;
y aunque estaban llamándolos, ninguno respondió.
Cuando los encontraron, pálidos, sin color,
fue motivo de risa, la corte se burló

hasta que los calló el Cid Campeador.
Quedan avergonzados los condes de Carrión,
2310 van lamentando mucho esto que sucedió.

113

Y mientras los infantes siguen con su pesar,
a Valencia un ejército marroquí va a sitiar.
2312b *En el Campo de Cuarte llegaron a acampar*
con cincuenta mil tiendas, que empezaron a alzar.
Los mandaba el rey Búcar, del que oyeron hablar.

114

Se alegró mucho el Cid, e igual su guarnición,
pensando en el botín, si así lo quiere Dios.
Mas también lo lamentan los condes de Carrión,
Ambos hermanos salen y hablan a este tenor:
2320 “Miramos las ganancias y la pérdida no,
y ya en esta batalla entraremos los dos;
de cierto, no podremos retornar a Carrión,
serán viudas las hijas del Cid Campeador.”
Escuchó estas palabras aquel Muño Gustioz
y fue a comunicarlo al buen Campeador:
“Señor, he aquí tus yernos, tan valerosos son
que por no combatir extrañan a Carrión.”
— “Ve tú a tranquilizarlos, así nos valga Dios,
que se queden en paz y no entren en acción.
2330 ¡Tú y nosotros bastamos, con la ayuda de Dios!”
Mío Cid don Rodrigo, muy sonriente, salió:
“Dios los guarde, mis yernos, infantes de Carrión,
que abrazan a mis hijas, tan blancas como el sol.
Yo pienso en las batallas, ustedes en Carrión;
descansen en Valencia sin preocupación,
porque para estos moros solo me basto yo,
si me atrevo a vencerlos con la gracia de Dios.”

Mientras así hablaban, el rey Búcar mandó decir al Cid que dejara Valencia y que se fuera en paz; si no, le haría pagar cuanto había hecho. El Cid le respondió al que traía el mensaje:

—Ve a decirle a Búcar, ese hijo de enemigos, que antes de tres días le daré lo que me pide.

Al día siguiente, el Cid ordenó armarse a toda su gente y marchó sobre los moros. Los infantes de Carrión le pidieron ir a la vanguardia; y cuando el Cid tuvo formadas en fila a sus tropas, don Fernando, uno de los infantes, se adelantó para atacar a un moro llamado Aladraf. Éste, cuando lo vio venir, fue contra él; entonces el infante sintió tal pavor, volvió atrás y huyó, sin atreverse a esperarlo.

Pedro Bermúdez, que iba cerca de él, cuando lo vio, se arrojó sobre el moro combatió con él y lo mató. Tomó consigo el caballo del moro y fue tras el infante que huía, diciéndole:

—Fernando, toma este caballo y di a todos que tú mataste al moro que lo montaba, y yo lo atestiguaré.

—Don Pedro Bermúdez —dijo el infante—, agradezco mucho lo que dices.

—“Llegará un día en que te podré pagar tanto.”

Y cabalgando juntos se regresaron ambos.

2340 *Y lo que avala Pedro lo presume Fernando.*

Se alegraron el Cid y todos sus vasallos:

“Si Dios así lo quiere, el Padre que está en lo alto, estos dos yernos míos lo harán bien batallando.”

Y mientras esto dice las tropas se acercaron; ya de los moros se oyen los tambores sonando, y están muy asombrados muchos de los cristianos, nunca los han oído pues son recién llegados.

Y los más asombrados eran Diego y Fernando, pues por su gusto allí nunca hubieran llegado.

2350 *Escuchen lo que dijo el que amparan los astros:*

“¡A ver, Pedro Bermúdez, mi sobrino apreciado, me cuidarás a Diego y también a Fernando, a estos dos yernos míos a los que quiero tanto, que estos moros, con Dios, nos dejarán el campo.”

— “Oh, mío Cid, yo te pido, por caridad,
que hoy de los dos infantes no sea yo el guardián,
que los cuide quien quiera, que a mí no se me da.
Yo y los míos iremos al frente al atacar,
la zaga con tus tropas, Cid, tú la cubrirás,
2360 y si hubiera peligro, nos podrás auxiliar.”
Y se acercó Minaya Álvar Fáñez: “ ¡Cid, ah,
2361*b* si te parece, escucha, Campeador leal!
Ahora esta batalla el Señor la dará,
como eres digno de él, él te aconsejará.
Dinos tú por qué parte habremos de atacar
y el deber de cada uno realizarlo será.
A ver en qué para esto, con Dios fortuna habrá.”
Y dijo mío Cid: “Calma y tranquilidad.”
El obispo Jerónimo, que bien armado va,
comenta junto al Cid, el del propicio azar:
2370 “La misa canté hoy de la Santa Trinidad.
Yo salí de mi tierra y te vine a buscar
sólo por ver si hallaba un moro que matar;
y porque quiero a mi orden y a mis armas honrar,
quiero ser el primero ahora en atacar.
Traigo un pendón con corzas como armas y señal;
si Dios me lo permite las querría emplear,
mi corazón así mucho se alegrará
y tú, Campeador, me vas a estimar más.
Si no me lo concedes, te tendré que dejar.”
2380 Y le respondió el Cid: “Lo que pedís se hará.
Allí veis a los moros, los podéis atacar.
Veremos desde aquí cómo lidia el abad.”

El obispo Jerónimo de prisa cabalgaba,
llegó hasta el campamento y con furia atacaba.
Gracias a su fortuna y al buen Dios, que lo amaba,
a los primeros golpes con dos moros acaba.
El asta se le rompe y echa mano a la espada.

Hace muchas proezas, ¡oh Dios, qué bien batalla!
Mató a dos con la lanza y a cinco con la espada.
2390 Muchos moros entonces en torno lo cercaban,
le tiran fuertes golpes mas ninguno lo alcanza.
El nacido en buena hora, que lo ve, se percata
embraza ahora el escudo, enristra bien la lanza,
espolea a Babieca, que avanza a toda marcha,
y va contra los moros, veloz, con toda el alma.
Entre la filas moras el Cid, certero, ataca;
ha derribado a siete y a cuatro los traspasa.
Y quiso Dios que entonces el triunfo comenzara.
Mío Cid y los suyos a los que huyen alcanzan;
2400 hace estallar las cuerdas y rompe las estacas;
destruyendo los postes las tiendas desbarata.
El Cid a los de Búcar del campamento saca.

118

Los expulsan, los siguen, los quieren acabar,
tantos brazos armados verán allí trozar
y cabezas con yelmos por el campo rodar,
y caballos sin dueños cabalgar sin parar.
Siete millas completas duró este batallar.
Mío Cid al rey Búcar pronto lo va a alcanzar:
2410 “Regresa aquí, tú, Búcar, que has venido del mar,
te enfrentarás al Cid, de barba sin cortar;
debemos saludarnos y pactar amistad.”
Búcar respondió al Cid: “¡Dios no permita tal!
Con la espada en la mano me quieres atacar
o mucho me equivoco o en mí la probarás;
pero si mi caballo no piensa tropezar,
no me darás alcance hasta adentro del mar.”
Y mío Cid repuso: “Eso así no será.”
Buen caballo el de Búcar, grandes zancadas da ,
pero el veloz Babieca lo va alcanzando ya.
2420 Y lo empareja el Cid a tres brazas⁹ del mar,

⁹ *Braza*. Unidad de longitud, basada en la antigua vara castellana y equivalente a 1671 m.

levanta la Colada y un gran tajo le da
y las gemas del yelmo se las hace rodar,
y le abrió la cabeza, todo le hizo saltar;
así hasta la cintura la espada entró al cortar.

Así acabó con Búcar, el rey allende el mar,
y ganó la Tizona,¹⁰ que mil marcos valdrá.
Venció en esta batalla, grande, espectacular.
Gran honra obtuvo el Cid y los que con él van.

...

¹⁰ La otra espada del Cid; a partir de este momento, hará pareja con la Colada, a la que supera en precio y cualidades.

Yo, Francisco Serrano, terminé esta versión
en metro alejandrino del Cid Campeador
el 10 de junio del año dos mil veinte, hoy,
durante la pandemia que al mundo trastocó.
No te voy a pedir por esta transcripción
un buen vaso de vino como es la tradición,
más bien es mi deseo, estimado lector,*
que la disfrutes tanto como la gocé yo.

* Quizá deba añadir 'y estimada lectora',
en lenguaje incluyente, como se estila ahora.